

# La Juventud Expone sus Problemas

P O R C A R L O S R E A L D E A Z U A

Adelantamos a nuestros lectores la primera parte de la Introducción de Carlos Real de Azúa al volumen de ensayos sobre **PROBLEMAS DE LA JUVENTUD EN NUESTRO PAÍS**, donde se recogerán los trabajos premiados en el reciente Concurso organizado por la Asociación Cristiana de Jóvenes y el semanario **MARCHA**.

No es la de concursos la ausencia más considerable de nuestra vida intelectual. En realidad, un buen número de ellos se realiza todos los años en el Uruguay. Libres y con pie forzado. Cubren desde cualquier cosa hasta el solemne y agradecido centenario. Desde una vendimia hasta una sobrevivencia. Concursos oficiales y no oficiales, y aún en los primeros no sería inútil distinguir los convocados por los entes enseñantes y aquellos con que el Ministerio de Instrucción Pública, embridándola en casilleros más o menos artificiosos, reúne periódicamente la desvelada facundia nacional. Demás me parece recordar qué diferentes son los que idean algunas valerosas revistas, alguna institución bien intencionada y los que se tramitan —como un expediente más— por las antecámaras del Palacio Taranco. Diferentes en el tono. Diferentes en la limpieza de la competencia. Diferentes en la labor y puntualidad de los jurados. Diferentes en los participantes. Diferentes —sobre todo— en la naturaleza de las “expectativas”. En los primeros no aparece nunca esa variada fauna que fatiga los diarios con los “elogiosos juicios recibidos” por el libro último o lleva en el bolsillo, esperando la gauchada publicitaria, la noticia del último clamoroso triunfo en Tegucigalpa, Ambato o Camagüey. En los segundos es difícil que triunfen (y aún que se presenten) esos seres simples y lúcidos, esas voces solitarias y desgarradas como las que el lector oíría muy pronto.

Estos hombres y estas voces (no sería leal el ocultarlo) no han resultado —felizmente— demasiado previsibles. Creo que todos los que tuvimos el privilegio de formar el jurado de esta competencia tan recordable no esperábamos tanto. Empezamos a leer, es claro, con viva curiosidad, el no ingente pero sí respetable conjunto de diecisiete trabajos presentados. Sabíamos que tal vez se nos depararía el testimonio irremplazable y literalmente inédito de un estado de ánimo generacional, cuyo tramo, tan impreciso, yo y todos mis conjurados hemos rebasado. Este estado de ánimo no es una tierra incógnita pero mucho se le parece en un país que carece en absoluto de órganos normales de expresión juvenil. Que no produce —como otros— ese hormigueo fervoroso de sectas apasionadas de tipo literario, político o simplemente vital, que por fugaces que sean, por sucesivas como “las generaciones de las hojas” que resulten, nunca dejan de ser instrumentos del fluir histórico, nunca de cumplir esas imprescindibles tareas

de edad, de pensamiento o estilo. Y todavía, para que la estructura generacional se dibuje más cabalmente, no será imposible señalar la actitud de rezagados, de demorados en la visión y en la expresión. Natural, eso sí, me ha parecido extraer la mayor cantidad de citas de los trabajos no premiados (a los que designo con el seudónimo del autor, único dato conocido). A los otros, tendrá el lector oportunidad de juzgarlos y aprovecharlos por sí mismo.

Ocioso parece también precisar que las opiniones que se registran a lo largo de estos ensayos están lejos de poscer el valor de una encuesta metódica, al estilo de un “Kinsey Report”, no aspiran a ser una representación objetiva del estrato juvenil en sus distintos niveles. Tal vez el testimonio, compulsivamente obtenido de esa abrumadora mayoría que en la juventud (como en cualquier otra edad) sólo cumple rutinaria, informuladamente, eso que se llama “el proyecto vital”, podría contradecir todas y cada una de las palabras que en ellos se dicen. Porque aquí se parte de la perspectiva de unos pocos, de algunos selectos aguzados hasta la lucidez de una problemática, hasta la inteligibilidad de sus destinos y del de sus congeneracionales. Una inteligibilidad que, en el conjunto, oscila de la efusión casi lírica de Juan José Fló hasta la seriedad monográfica de Emilio Castro, pero que en ningún caso deja de contar con la realidad coral, comunitaria, del “otro”, de “los otros”. Aunque posiblemente bastaría con la identificación mínima del grupo que intenta el mismo Fló: “*Si hubiese que definirlo vagamente diríamos que está constituido por aquellos que intervinimos en este concurso o pensaron intervenir. La mayoría de sus integrantes somos montevideanos de la clase media o determinados por conflicto o ambición por esos montevideanos de la clase media*”.

Singular es la tónica mesura con que los autores se resisten a dramatizar exageradamente “su problema”. Tienen conciencia de que la cuestión juvenil es una cuestión entre otras, que está trabada en ellas, en ellas imbricada.

“Vital” expresa bien esta coexistencia: “*Los problemas de la juventud en nuestro país, sin ser los más serios, representan la estructura de otros problemas aun por resolver, y en muchos casos, ni siquiera planteados en sus debidas y justas proporciones.*”

“Brick-a-Brack” ironiza eficazmente ciertos excesos de problematismo: “*La simple cordura nos arrastraría a raer toda la basura superficial, y frecuentemente cursi, con que pedagogos, consultores, sociólogos y otros, han erigido este paisaje lunar a que recuerda por su caótica y helada sordidez, la “problemática moderna”. En este siglo nuestro hasta el más completo pobre diablo habla concienzudamente de problemas.*”

Coinciden algunos en anotar la situación paradójica de que en el Uruguay se plantea una cuestión generacional sin paralela conciencia

que resurgen, nunca dejan de ser instrumentos del fluir histórico, nunca de cumplir esas imprescindibles tareas del aventar y del desbrozar cuya ausencia —como nos sucede acá por este bendido paralelo 35— hacen la atmósfera social y el ambiente de la cultura tan progresiva y dolorosamente irrespirable. Nada parecido tenemos a una encuesta como aquella que Alfredo de Tarde y Henri Massis señalaron en la actitud juvenil ante la “Nueva Sorbona” la caducidad del cientificismo cultural y el retorno del genio de Francia a sus fidelidades de gracia e inteligencia naturales. El sesgo polémico de jóvenes contra viejos que Andrés Lamas insinuaba en el venerable “Iniciador” del 1º de mayo de 1838 en nombre del *derecho de una generación de brindarle a la patria los frutos preciosos de la primavera naufragó* después en el monocorde esquema de la “exhortación a los jóvenes” que registra en su variedad desde la gravedad del “Ariel” rodoniano o la exaltación auténtica de Francisco Sosa hasta las irrelevancias paternas de Juan José de Amézagá recomendando a la muchachería nacional (en los años más tormentosos de la guerra) reverenciar “la norma de derecho”.

De cualquier manera, por incitante que fuese la posibilidad, pienso que todos esperábamos cierta monocorde expedición de exaltación e ingenuidad confundidas, cierta inexorable oscilación del entusiasmo a la desesperanza, de la desilusión al fervor. Pero a poco de leídos algunos ensayos la actitud juzgadora (por lo menos la mía) cambió radicalmente. Estábamos ante un concurso y ante concursantes, pero uno y otro resultaban lo suficientemente impares como para aventar cualquier tedio, cualquier displicencia. Pocas veces, hubimos de concluir, habíamos maneado un material uruguayo tan serio y revelador como el de estos ensayos sobre la juventud. Cualquiera de las cinco contribuciones premiadas haría el honor de toda esa fauna de vestales, cositas ubicuas y prologuistas ministeriales, que nos aburre con su existencia. Cualquiera de estos trabajos probaría que es sobre todo de calidad, de “corpulencia” —como decía Vico— y no sólo de temperamento, de estilo o de moral, el abismo (que con pasión nos gustaría aún más hondo) entre nuestra literatura generacional y la que vive (¿vive?) al calor y al prospecto del Estado.

Valiosos son los trabajos premiados, pero casi ninguno de los doce que no lo han sido deja de portar notas y enfoques interesantes, significativos atisbos. Por eso he creído (y mis compañeros participaron de esta opinión) que no sería inútil un balance o algo así como una estadística temática de los pensamientos y actitudes más uniformemente registradas a lo largo de estas diecisiete aportaciones. Una marca de las tendencias promediales de estos ensayos que son todos personalísimos pero que, al fin, no escapan por diversos que resulten, a esa inexorable camaradería que une dentro del área problemática, sus más fronterizas posturas; que las filia más sólidamente entre ellas que a cualquier otra formación contemporánea (pero no coetánea) a cualquier otra promo-

Coinciden algunos en anotar la situación paradójica de que en el Uruguay se plantee una cuestión generacional sin paralela conciencia de generación, de que sea tan anormalmente perceptible la falta de toda sana, viva tensión, de toda resuelta oposición entre las generaciones. El trabajo de Carlos Rama apunta sobriamente esta subordinación a los viejos, esta necesidad del “pachinazo”, este déficit de angustos e independencia. “Clarín” agrega con inteligencia nuevas precisiones: *“En el Uruguay, la juventud en cierto sentido vive aún bajo el alón protector de la generación anterior, pero ella al mismo tiempo influye en los hombres adultos. Si los jóvenes en nuestro país tienen convicciones políticas transmitidas de los padres, el espíritu falsamente juvenil amenaza los cimientos de la nacionalidad. Un ejemplo ilustrará lo que acabamos de decir: los jóvenes votan aún a los partidos políticos tradicionales, están imbuidos en su mayoría de los ideales de la generación anterior; los adultos se muestran como “muchachones grandes” en el deporte. No es raro encontrar a un hombre que creemos maduro, desgañitándose en el stadium, arrebatado de pasión... el joven iconoclasta quema en el fuego de su pasión las imágenes del pasado... Este esquema es falso: por lo menos en nuestro país en el momento de escribir esto, se manifiestan en los jóvenes casi las mismas ideas de sus progenitores.”*

También saben que integran una comunidad cuantitativamente insignificante en el mundo y no participan de la fe oficial de hace unos años en que desde ella puedan fijarse a ese mundo rumbos y categorías. Tienen conciencia de estar inmersos en una universal crisis, dentro de una serie de disyuntivas culturales, sociales y políticas, imposibles de localizar. Todos fincan su actitud en asumirlas humildemente, tratando de captar, siempre que sea posible, sus especificaciones más características, sus rasgos más dominables y limitados. “Clarín” destaca el sello homogéneo, internacional, de ciertas cuestiones juveniles: *“No toco —dice— los problemas prácticos de la juventud: la desocupación, el analfabetismo, etc., pues los considero problemas universales”*. “Hylas”, liminarmente, declara: *“Los problemas que se le plantean a la juventud en nuestro país son fundamentalmente los problemas de esencia que deben resolver los jóvenes, hombres y mujeres, de diecisiete a treinta años, de todo el mundo.”*

Fló traba muy felizmente la problemática uruguaya con los dilemas mayores del mundo occidental; nuestra relación con un mundo “cuyos excesos nos son ajenos”; “la tan mentada crisis de valores”, de esos valores que no poseemos, que ignoramos descreer; la pérdida de la realidad concreta, el reino de la apariencia pura. También Ares Pons lo hace a todo lo largo de su ensayo.

Algunos rasgos se dan con tal frecuencia, aparecen con tal impremeditada reiteración, que no resultaría excesivo elevarlos a la categoría

# LA JUVENTUD EXPONE SUS PROBLEMAS

Aliene de la pág. 249

de los constantes de un modo de pensar juvenil, de un estilo generacional.

Señalaré primero el limpio apego a lo concreto, la inflexible preferencia por la realidad sobre cualquier ideología, por la circunstancia, sobre cualquier sistema que intente su encuadre inmediato e imperativo. El más señalado, sin duda, en esta calidad es el estudio de Emilio Castro sobre la juventud de Trinidad, manejando con seguridad cifras y hechos. El de Rama me parece igualmente arraigado. El ensayo de Arnaldo Gomensoro aparece —a primera vista— como utópico y utópico, pero ha nacido vitalmente de una experiencia individual y labora un material amenazador y candente. En otras contribuciones —premiadas —las de "Hylas", y de "Ariel", —la realidad resulta vista como desde fuera, pero ello obedece, creo, más que nada, a cierta falta de destreza expositiva, al estiramiento del planteo y a la abundancia de andadores.

Junto a este apego a lo real, conexo con él, resalta enseguida la absoluta caducidad que para estos jóvenes parecen presentar los "ismos" pasados y vigentes — que se disputan beligerantemente el mundo. Apoyándome en la obra de Arthur Koestler, decía yo alguna vez: "Creo que se puede pensar sin riesgo que en la pugna fascismo-antifascismo (1939-1945) se dió el último gran latido vital de la conciencia política de Europa, la postrera gran expresión de "lo europeo" como instancia central de la historia. A través de la lucha contra el fascismo italiano, del episodio de Abisinia, de la guerra de España, Austria y su anexión, Checoslovaquia, la guerra por último y sus Resistencias, se afrontaron fuerzas mal definidas, pero cuya tónica central se daba, en unas, en cierto nacionalismo de tipo —o diríamos mejor— de nostalgia comunitaria, agresivo, antiintelectual, de sensibilidad fuertemente anticapitalista en sus cuadros y masas, aunque apoyado más o menos subrepticamente —y sin duda secuestrado más tarde— por las grandes concentraciones económicas; en las otras, sumariamente, por la inspiración marxista en sus diversas formas ortodoxas o heterodoxas y tónicas muy generales de racionalismo y universalismo. Tal vez desde la pugna entre liberalismo y absolutismo, un siglo antes, las potencias enteras del hombre no habían sido tan ardientemente convocadas y apeladas; tanto encarnizadamente, odio, amor, fidelidad, heroísmo, grandeza, astucia, infamia, no habían sido tan esplendorosamente desplegadas, tan conmovedoramente empleadas y dilapidadas. El término de la segunda guerra mundial, puso, en principio, fin a este debate ferviente. Uno de los contendientes retrocedió hasta el fondo del escenario, más vencido que convencido pero en cualquier forma, desintegrado sin remisión. Después de todo ello, la ordenación de fuerzas en Europa marca, sin equívocos, un tono, una temperatura, una tensión mucho menor. El ideal marxista, organizado en la militancia del comunismo, se nos aparece en lo esencial, protegido o tolerado en las democracias de Europa Occidental; detrás de la "cortina de hierro" con las divisiones rusas y la policía secreta respaldándolo, tiene la calidad antiheroica, confortable, de todo lo gubernamental, de todo lo victorioso. Aquella religión que atrajo a algunos de los más prestigiosos intelectuales de Europa, como lo señaló el congreso de Cultura de 1935 (que escuchó voces como la de Gide y de Malraux) y el posterior "ayudismo" a la España republicana, aquel fervor que orientaba y daba un sentido a la ve-

de la amistad fraternal, la solidaridad social, la defensa de los grupos naturales y el dominio del hombre sobre su propia y demoníaca voluntad de dominación y de codicia.

Su consecuencia en estos ensayos no resulta, en verdad, demasiado gallarda. Es una mentalidad evolucionista y eticista que algunos podrían tachar de un "estilo de viejos". Algunos, como "Ozono", sienten agudamente lo social, pero en su faz más inoperantemente sentimental. Después de ironizar sobre el "elemento foráneo", con que se rotularía a todo aquel que lucha por los valores de justicia, termina en la amonestación de que "No seremos nosotros los que impediremos las mareas, lo que sí, podemos hacer es preverlas, encauzarlas y evitar así que se conviertan en un peligro o en un desastre".

La misma moderación progresista, temerosa de agitadores y desmelenados se ve en "Yamandú" y un tono más conservador en "Pnix", que llama a los agitadores "sirenas asalariadas". Con mayor madurez, para su problema de tierra adentro también Castro concluye en la acción directora del Estado, la responsabilidad de los estancieros, la buena voluntad y el esfuerzo libre de la sociedad, la labor de la escuela y la fuerza de la organización obrera.

Más allá de esas vacilaciones, todos los trabajos se mueven en realidad, entre la audacia y la cautela. Parece común el juego de estos espíritus entre la ceñida situación, limpia, valerosamente enfrentada, y el brío con que la inteligencia busca —sin andadores, sin cortapisas— una verdad que quiere ser más que "su" verdad. La confianza no falta, es cierto, la inferencia personal y la efusión del que quiere explicitar su itinerario de emoción y de pensamiento. Abunda, hasta con cierto artificio, en el trabajo de Flo, arde, temblorosamente, en el prometedor ensayo de "Clarín". Pero para todos vale la negación de Gomensoro; cuando refuta cultivar "la fácil y novelera filosofía de considerar la óptica juvenil y su liviano revolucionarismo como el desideratum en el enfoque y solución de todos los problemas, de renegar de toda madurez, a la que se consideraría lastrada de conservador eclecticismo, cuando no de conformismo cobarde, en aras de una perpetua juventud espiritual alegremente irresponsable".

El tono conformista tampoco está ausente. Lo exhibe "Ariel" (en su cara social y política) con su reiterada satisfacción patriótica sobre el honor y el privilegio de ser uruguayo, de disfrutar de "sólidas instituciones democráticas", de participar de "la vocación democrática de nuestro pueblo", de estar protegido por admirables leyes laborales que facilitan el esfuerzo y el ascenso de todos hacia mejores niveles de vida y aseguran que todo joven pueda hacer cualquier cosa: "las posibilidades de acceso a todas las clases sociales, están al alcance de todos... (estas) causas o factores facilitan en nuestro medio el pasaje de una clase modesta a otra superior... nuestra juventud encuentra enormes facilidades para progresar, por lo que debemos sentirnos patrióticamente orgullosos...".

También "Hylas" se expide con conformismo económico social: "la obtención del mínimo bienestar material y fisiológico no constituye felizmente un problema vital... la inmensa mayoría de nuestros jóvenes nacen y crecen en hogares formalmente constituidos, donde la familia subviene las necesidades primarias... Los índices de desocupación en nuestro país son relativamente bajos y, salvo en determinadas

... en Europa mere-  
sin equívocos, un tono, una temperatura, una tensión mucho menor. El ideal marxista, organizado en la militancia del comunismo, se nos aparece en lo esencial, protegido o tolerado en las democracias de Europa Occidental; detrás de la "cortina de hierro" con las divisiones rusas y la policía secreta respaldándolo, tiene la calidad antiheroica, confortable, de todo lo gubernamental, de todo lo victorioso. Aquella religión que atrajo a algunos de los más prestigiosos intelectuales de Europa, como lo señaló el congreso de Cultura de 1935 (que escuchó voces como la de Gide y de Malraux) y el posterior "ayudismo" a la España republicana, aquel fervor que orientaba y daba un sentido a la rebelión del hombre común, es hoy más que nada una eficiente, una suficientísima máquina. Por el otro lado, para su desgracia y la nuestra, las fuerzas civilizadas de Europa: el humanismo cultural y político en que se han refugiado, librándose de adherencias históricas, lo mejor del viejo liberalismo y los más vivos credos de pensadores y minorías, el vindicalismo libre y abierto, las organizaciones sociales y políticas de la tradición cristiana, no han podido encontrar, pese a tantos intentos, la forma de una ardiente fe participada, dinámica, expansiva. Ellas aparecen también demasiado protegidas detrás de los bienes y las promesas del poderoso aliado trasatlántico, demasiado inhibidas en su capacidad creadora por la dialéctica del "mal menor" y los equilibrios de la sensatez. Quiere reproducirse a veces la caliente pasión batalladora de diez años atrás, de quince: los gestos resultan miméticos, la explosión trabajosa; todas las estratagemas, todos los argumentos están demasiado sabidos, y todos los juegos son demasiado previsibles. No hay interés, ni asombro, ni curiosidad para las razones del adversario, ni una masa ingenua e indecisa que impulse a aguzar razones, a mimar emociones; las propagandas están exclusivamente destinadas al consumo interno de cada ideología".

De la universalidad de este estado de espíritu, ninguna confirmación más rotunda que la que nos ofrecen los presentes ensayos. La defensa democrática al estilo oficial, el comunismo o el nacionalismo totalitario no parecen poseer un curso medianamente decoroso para estos representantes de una mentalidad más nueva. Algunos ensayos, el de "Campeador", por ejemplo, podrían señalar penetración de la ideología comunista o del tornasol "simpatizante": el autor decide ponerse a escribir cuando se entera de que treinta jóvenes comunistas han sido detenidos por protestar contra las medidas extraordinarias o sigue la línea marxista en su crítica de la versión "demoburguesa" de la libertad y el individualismo. Pero el resto de sus proposiciones revela que su adhesión a esa línea no tiene nada de sistemática y su ejemplo es, por otra parte, un ejemplo aislado. En puridad, la tónica dominante parece darse en esa conciencia, (tan caudalosa después de los análisis de Huxley, de Koestler, de Rougemont, de tantos otros) de que toda transformación del mundo y la vida que descanse en la mayúscula estentórea de la Revolución, que rueda sobre la máquina minuciosa del Estado, implica mediata (o inmediatamente) tiranía, regimentación y abyección del hombre. En esa conciencia de que no existen otros medios seguros y otra ganancia firme en la historia que la progresiva penetración de las almas y las estructuras por los medios limpios — y pobres—

...  
aes de acceso a todas las clases sociales, están al alcance de todos... (estas) causas o factores facilitan en nuestro medio el pasaje de una clase modesta a otra superior... nuestra juventud encuentra enormes facilidades para progresar, por lo que debemos sentirnos patrióticamente orgullosos...".

También "Hylas" se expide con conformismo económico social: "la obtención del mínimo bienestar material y fisiológico no constituye felizmente un problema vital... la inmensa mayoría de nuestros jóvenes nacen y crecen en hogares formalmente constituidos, donde la familia subviene las necesidades primarias... Los índices de desocupación en nuestro país son relativamente bajos y, salvo en determinadas épocas de crisis económicas, como las que comenzamos a vivir, la obtención de un trabajo cualquiera, medianamente remunerado y en condiciones sociales regulares, no es difícil de obtener".

Sobre estos modestos niveles, el tono es muy diferente y varía en general de lo severo a lo sombrío. Rama, medido siempre, reseña lo que para nosotros no es problema: la discriminación racial, la estrechez partidista o nacionalista, la militarización forzada, la falta de derechos individuales. Es éste, en cierto modo un optimismo. Pero su esperanza, su final decoro no se para sobre escalones tan fáciles. Sólo cree en la kantiana calidad del "material humano... los millares de individuos que, en cada sector, creen cumplir con un imperativo categórico, actuando como corresponde en cada caso, aunque sin pretender que su norma sea una norma general, pues el ambiente no lo permite". Ares también termina en una nota sobria de fe en la juventud americana. Sería interesante contrastar su tono con el de los retóricos del modernismo cuando tocan el mismo tema. "Clarín" deduce de la misma sordidez, su esperanza: "Nosotros creemos que en el Uruguay existe una aguda nostalgia de alturas; la carencia de valores espirituales puede crear un ambiente enfermizo que a la postre se hace casi irrespirable". "Nestor", menos dialéctico, afirma "pese a la confusión de la hora que me toca vivir tengo fé profunda en el mañana".

---

**SEA GENIAL!**  
**TOME**  
**GENIOL**